

Análisis Eventual

TUNEZ

¿Por qué llegan al fin las tan temidas elecciones locales?

Rafael Bustos

Fecha de publicación: 6 de marzo de 2018

Observatorio Político y Electoral del Mundo Árabe y Musulmán

Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos
Universidad Autónoma de Madrid

www.opemam.org

Siete años después de la “Revolución de Jazmín” y tras cinco retrasos, parece que por fin llegan las esperadas elecciones locales (municipales y regionales en Túnez), convocadas para el 6 de mayo de 2018. La pregunta más evidente es por qué han tardado tanto en celebrarse estas elecciones, por qué han sido dejadas para el final cuando en otras transiciones como la española se celebraron al principio. Hay muchos tipos de respuestas posibles, como las que examinaremos a continuación, pero quizá la respuesta más de fondo y estructural tiene que ver con la inercia centralizadora del país y el miedo a la gestión directa de los municipios y regiones, que choca con un modo de hacer política elitista y poco transparente. La prueba de ello es que las elecciones están en marcha pero todavía no se ha aprobado el Código de Colectividades Locales que debe otorgar competencias a los electos y que por otro lado, tan sólo dos partidos han sido capaces de presentar listas en los 350 municipios del país, poniéndose el escaso anclaje local del resto de partidos de ámbito nacional.

Desde 2011, cuando cayó el régimen de Ben Ali, las comunas tunecinas han estado gobernadas por “comisiones especiales”, sobre la base de poderes mal definidos en un período provisional que se ha alargado notablemente. El resultado general la mala gestión de los servicios urbanos, como la recogida de basuras, y el desarrollo urbanístico desordenado y en expansión. Por estas razones, los ciudadanos esperan como agua de mayo que se resuelvan problemas inmediatos con las nuevas autoridades electas. Algunos partidos y varias asociaciones civiles dedicadas al seguimiento electoral como al-Bawsala y ATIDE han denunciado los sucesivos retrasos electorales y el perjuicio general que se producía.

Entre las razones aducidas para ir postergando estos importantes comicios, los primeros democráticos a escala local en la historia de Túnez, son a la vez de falta de preparación, de desacuerdo político y de desorden público. Todas ellas pueden tener un fundamento lógico pero no parecen tocar el meollo de la cuestión. Veámoslas una por una. Es cierto que Túnez debía abordar una redistribución administrativa previa que permitió en 2016 la creación de 85 municipalidades nuevas (hasta las actuales 350) de modo que todos los habitantes independientemente de su hábitat tuvieran un ayuntamiento de referencia. Como también es cierto que no existía y todavía no se ha aprobado un Código de Colectividades Locales (en fase final, actualmente) que determina las competencias de consejos municipales y regionales, así como su coordinación con los escalafones centrales del Estado. Por otro lado, el desacuerdo político ha sido evidente, entre Nidá Tunis y Ennahda, así como dentro de la ISIE (la Instancia Electoral), produciéndose en mayo de 2017 la dimisión de su director, Chafik Sarsar, que había organizado con éxito las legislativas y presidenciales de 2014. Los eventos de comienzos del año, las revueltas populares contra las medidas de austeridad no han cesado en determinadas localidades del interior y del sur del país, es verdad.

Pero con todo e incluso añadiendo las dificultades económicas del país y la cuestión securitaria de lucha contra el terrorismo, no encontramos suficientes razones de peso para tanta dilación. Se ha evocado también la cuestión legal sobre si debían o

no votar los soldados y policías, cuestión que quedó resuelta finalmente: votarán, pero lo harán separadamente el día 29 de abril.

Resulta claro que las propias élites del Sahel (costa) y la capital temen estas elecciones por varios motivos. Uno de ellos radica en el temor a verse superados por candidatos independientes de corte populista. Los dos principales partidos ya aprendieron la lección cuando el millonario Mohamed Hamdi salió victorioso y dio la sorpresa precisamente en muchas de esas localidades abandonadas que se habían erigido contra el régimen anterior.

Por otro lado, Ennahda aparece como un bloque sólido y con cuadros en todo el país, mientras que Nidá Tunís ha mostrado una endeblez mucho mayor, con varias deserciones a nuevos partidos. No en balde, la formación secular ha anunciado que irá en alianza con listas independientes, reconociendo así su debilidad. El clima social no es muy propicio para ningún partido y menos para los gobernantes. A pesar de que hay un vacío institucional evidente, la juventud y las clases medias están más que hartas porque no ven los frutos económicos de la democracia. Las explosiones sociales de enero 2018 son la prueba más reciente.

Ennahda y Nidá Tunís juegan a un delicado juego de equilibrios y de alternancias. Ninguno pretende imponerse claramente sobre el otro, al mismo tiempo que ambos temen el surgimiento de élites locales alternativas, que pueden ser radicales o populistas, más aún teniendo en cuenta el malestar generado. Pero además, nos encontramos con un país de tradición jacobina, de cuño centralista, que desconfía de las regiones y la descentralización. El Túnez de Ben Ali ha estado gobernado por una élite del Sahel que vivía de espaldas al interior y el sur del país; es precisamente esa tradición centralista la que está en juego. La pérdida de poder y la transferencia de recursos, escasos por la estrechez del presupuesto, del centro a la periferia, son la gran batalla que esconden todos estos retrasos electorales.

Como en 2011 y 2014, se quiere evitar una victoria demasiado notoria de Ennahda, pero además Túnez se juega poner en marcha un modelo descentralizado que llevará asociado la emergencia de élites locales, hasta ahora desconocidas. La dificultad de llegar a lo local en este pequeño país se pone de manifiesto cuando examinamos las listas presentadas. Tan sólo dos partidos, Nidá Tunís (con dificultades, 345 listas) y Ennahda están presentes en todo el país, las tres o cuatro formaciones siguientes sólo llegan a unas 40-60 localidades. Es esta incapacidad de articularse en el ámbito rural, lo que frena el proceso electoral y asusta a las élites de la capital. Pero no podrá construirse un verdadero estado democrático sin la necesaria descentralización del poder y sin extender las posibilidades de desarrollo y cohesión territorial que tanto se reclama.